

3089134
24.



UNIVERSIDAD PANAMERICANA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

CON ESTUDIOS INCORPORADOS A LA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**APROXIMACIÓN AL TEMA DE LA AMISTAD
EN EL PENSAMIENTO DE TOMÁS DE AQUINO**

TESINA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN FILOSOFÍA

PRESENTA

IVAN BOGDAN LIZARRAGA

DIRECTOR DE LA TESINA: DR. CARLOS KRMSKY STEINPREIS

MÉXICO, D.F.

1997

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Think where man's glory most begins and ends.

And say my glory was I had such friends.

WILLIAM BUTLER YEATS

A DIOS EN PRIMER LUGAR,
porque es la causa y meta de mi vida;
y también porque, como dice la Liturgia,
"Es justo y necesario".

A MIS PADRES, IVÁN Y MARUCA,
por su ejemplo e inagotable amor.

A MIS HERMANOS, MILENA Y MARKO,
con admiración y todo cariño.

A LA MEMORIA DE MIS ABUELOS
Juan y Nery, Maruca y Efraim, y de mis "otros abuelos", Con y Alvaro,
porque su recuerdo y sus enseñanzas siempre están conmigo.

A MIS MAESTROS, ESPECIALMENTE
Miguel Mansur (†), Carlos Llano, Raúl Núñez, Jorge Morán y Carlos Kramsky,
por haberme enseñado a pensar... a veces, a pesar de mí.

PARA CONCHITO Y EUGENIO, por poner siempre el dedo en la llaga.

Y POR SUPUESTO, PARA MIS AMIGOS
de ayer, de hoy, de mañana y siempre,
mi mayor fortuna y mi mejor compañía.

**APROXIMACIÓN AL TEMA DE LA AMISTAD
EN EL PENSAMIENTO DE TOMÁS DE AQUINO**

INTRODUCCIÓN	2
CAPÍTULO I. ANTECEDENTES AL TEMA DE LA AMISTAD EN TOMÁS DE AQUINO	6
1. Grecia	6
2. Sócrates y Platón	8
3. Aristóteles: la amistad en la <i>Ética Nicomaquea</i>	10
4. El Cristianismo y la amistad	13
CAPÍTULO II. A LA AMISTAD POR EL AMOR	17
1. Amor de Dios y amor humano	17
2. El amor humano como pasión. El significado común de amor humano	20
3. El amor desde el apetito: bondad y fin	27
CAPÍTULO III. TIPOLOGÍA DE LA AMISTAD	31
1. Seguimiento de los postulados aristotélicos	31
2. Definición de amistad	33
3. La amistad útil, delectable y honesta	34
4. El punto de llegada: la amistad perfecta	36
5. Nuevamente, algunas palabras sobre la caridad	40
CONCLUSIONES	41
BIBLIOGRAFÍA	43

INTRODUCCIÓN

Tomás de Aquino es una figura prominente de la vida cultural del siglo XIII. Miembro de la nobleza, emparentado por línea materna con Federico Hohenstaufen, llamado "El Asombro del Mundo", cuya vida transcurre entre la agitación de las Cruzadas, se encuentra en posición de privilegio para observar de cerca las luchas del poder político contra el religioso, que ya por entonces se encuentran en abierto conflicto.

Es dentro de la orden dominica donde se cultiva con especial interés el estudio de los pensadores helénicos junto con el de los Padres de la Iglesia, en especial, respectivamente, Aristóteles y San Agustín de Hipona.

Estas son dos figuras con las que el Aquinatense, como lector primero, y Maestro después, tendrá una familiaridad especial. Particularmente la filosofía de Aristóteles atrae poderosamente la atención de nuestro autor, quien solicita de su hermano en religión Guillermo de Moerbeke una traducción de varias obras: la *Metafísica*, el *Perihermeneias* y la *Ética Nicomaquea*, entre otras, de las cuales hace comentarios que desde entonces son referencia obligada para los estudiosos.

Defensor de la unidad entre razón y fe, rescata en su ayuda el pensamiento del mayor filósofo clásico, el pagano Aristóteles, de quien se reconoce deudor. Así se mantiene fiel a la religión católica, a la vez que defiende y enriquece la verdad aportada por la filosofía clásica, con una poderosa originalidad de pensamiento, que le ha sido reconocida multitud de veces; especialmente por el papa León XIII, quien en su encíclica *Aeterni Patris* restaura el tomismo como filosofía oficial del catolicismo y guía especial sobre temas filosóficos.

En el caso concreto de la amistad, que es el tema que nos ocupa, el texto más amplio que nuestro autor le dedica es precisamente la parte correspondiente de sus *Comentarios a la Ética Nicomaquea*. Sin embargo, las aportaciones clave sobre el tema en cuestión rebasaban el contexto meramente filosófico al que los citados *Comentarios*, por su carácter, le tenían limitado. No

debemos olvidar que Tomás de Aquino fue, por vocación y por obediencia, más un teólogo que un filósofo... aunque definitivamente destacara también en este último campo.

No obstante lo antes dicho, el Aquinate no tuvo reparos en llamar al banquillo de los testigos a los filósofos que conocía bien. Así, en incontables ocasiones al defender una u otra cuestión planteada dentro de las *Summas* (Contra Gentiles y Teológica), aparecen, por ejemplo, Aristóteles o Moisés Maimónides.

Así, como el objetivo de la vida de Tomás de Aquino fue la teología, la filosofía aparece para él como un instrumento útil para llegar a la fe: el estudio de los contenidos de la fe revelada —y en esto debemos estar de acuerdo con Tomás de Aquino— solamente es posible a través de la razón, poderosa, plena, bien orientada: la razón dirigida al conocimiento de la verdad en el orden de la fe. Por lo tanto, era necesario contar con un “aparato filosófico” sólido y realista. Para Tomás de Aquino, esta es la aportación de Aristóteles, a cuyo pensamiento acude con regularidad y plena atención.

La filosofía, por sí sola, es capaz de hacer una teodicea, o teología natural; con la aparición de la verdad revelada, esta capacidad filosófica adquiere un mayor poder, una visión más amplia, que sin embargo se queda en el borde de la fe. Por ello, un teólogo como Tomás de Aquino explota la capacidad de la filosofía para iluminar la razón en su camino hacia la fe.

De esta manera, todo cuanto Tomás de Aquino logra en el plano filosófico no tiene otro sentido que llegar a la fe; y por lo tanto, lo que se quiera decir de Tomás de Aquino sin tomar en cuenta esta perspectiva, es incompleto.

Esta es la razón por la cual, al elegir un tema en el pensamiento de Tomás de Aquino, no me dirigí inmediata y exclusivamente a lo que parece ser su texto más “organizado” respecto al tema: el **Comentario a la Ética Nicomaquea** de Aristóteles. De lo que se trata en este trabajo, digámoslo de una vez y con toda claridad, es *aproximarnos* al tema de la amistad *en Tomás de Aquino*, en el pensador Tomás de Aquino; y no sólo en cuanto comentador de Aristóteles. Por todo lo antes

dicho, considero que la aportación cimera de en el tema de la amistad se encuentra en la *Summa Theologiae*, y aquí, precisamente, por la vía del amor, o más bien, por medio de la distinción entre el amor y la amistad.

En esta distinción, y sus posteriores consecuencias, se centrará la investigación que sigue. La selección de los textos obedece, principalmente, a la limitación de espacio y extensión necesaria en un trabajo de esta naturaleza; y en segundo lugar, a la dificultad de obtener un tratamiento genuinamente atribuible a Tomás de Aquino sobre el tema de la amistad, tomando en consideración su característica personal y su responsabilidad como ser humano en la peculiar situación que le tocara vivir, en busca de la solidez de la razón para apuntalar los argumentos de la fe.

La aureola de cursilería y romanticismo de que se ha rodeado a la amistad en las pláticas cotidianas, creo, ha sobrepasado la realidad del tema.

¿O será posible que el hombre haya perdido la capacidad de elegir, voluntaria y libremente, una de las vías más provechosas hacia la perfección que podemos encontrar en esta vida terrena? No lo creo.

Como el mismo Tomás de Aquino lo decía, las dos tinieblas en que ha nacido el hombre son el pecado y la ignorancia. Creo que la amistad, por ser una experiencia vital que a nadie le parece desdeñable, ha caído dentro de los temas que todos creemos dominar de dientes para fuera.

Reconozco —y en este caso vale abandonar ese cómplice plural— la escasez e insuficiencia de este trabajo frente a la estatura de Tomás de Aquino. Mi única pretensión es mostrar que cuanto se dice de la amistad tiene en su centro la clave de la entrega más sublime y perfecta de que es capaz un ser humano. La amistad es la verdadera clave de la hermandad humana que, en otro plano, se llama filiación divina.

Porque es cierto; a la amistad, antes del cristianismo, le faltaba algo. Y ese algo, precisamente, es el amor personalizado y capaz de elevarnos; no sólo de hacernos más perfectos, sino de acercarnos a la Perfección misma. Si somos capaces de reconocernos como hijos de Dios y amarlo, también somos, en virtud de la amistad, capaces de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

CAPÍTULO I

ANTECEDENTES AL TEMA DE LA AMISTAD EN TOMÁS DE AQUINO

1. GRECIA

En la Grecia clásica, los presocráticos abordan la amistad de manera general y poco directa; tratar de extraer una teoría completa sobre el tema en ese entorno es una tarea, aunque interesante, demasiado amplia y fuera de lugar en este trabajo.

El cristianismo consolida la noción de persona y la trascendencia —humana y divina— de las relaciones humanas. Es en este contexto donde lo natural y lo sobrenatural convergen.

El llamado “problema del otro”¹ ha dado lugar a muy diversos tratamientos por parte de autores clásicos y modernos. Una de las facetas de éste problema es, justamente, el tema de la amistad.

La condición humana exige, de manera especial, la compañía. El hombre no ha aparecido solo; debe tomarse en cuenta la participación, la vida en común, por lo que el hombre se convierte en adversario o en aliado de otro hombre.²

Así, podemos caer en la cuenta, ya desde el inicio, que la amistad no es un asunto extraño, ni siquiera oculto. Se encuentra en la base de la convivencia humana, y ha sido considerada con diversa amplitud a lo largo de la historia. Autores de todas las épocas se han percatado de la importancia que tiene, y las excelencias que conlleva, el trato amistoso.

¹ Ver, por ejemplo, el prólogo de Diego Gracia al libro de Pedro Lain Entralgo *Sobre la amistad*, Espasa Calpe, México 1984, p. 16, que ofrece un itinerario en base a la obra de los diversos pensadores que se ocupan de esto.

² De aquí parten no sólo múltiples concepciones de “hombre”, sino también de “sociedad”.

Pero el hombre no puede contemplarse u observar a la naturaleza sin dar un paso adelante³. No se limita a observar sino que se adapta a su entorno, y es en este entorno donde se desempeña la convivencia humana. Esta convivencia tiene, ante todo, la característica de contribuir al desarrollo de cada uno de los hombres, con diferentes resultados.

De aquí que no haya sido extraño encontrar entre los griegos, punto de partida del pensamiento occidental⁴, un especial interés por este tema. Incluso en las leyendas y mitología de este pueblo aparecen por doquier los nombres de hombres y semidioses ejemplo de heroísmo y amistad, como Damón y Pitias, Aquiles y Patroclo, Diómedes y Ulises, entre otros.

La amistad se convierte así en un tema de literatura, podríamos decir, *light*, pero se trata de una realidad humana, familiar y querida, por lo tanto objeto especialísimo de meditación y producción científica-filosófica.

Para los griegos, exaltar la amistad es exaltar el más alto grado de convivencia humana, conducente incluso al heroísmo, que es reconocido y premiado por los dioses.

Los griegos descubrieron para la filosofía el tema de la amistad. Ya sea como una expresión de armonía cósmica, impregnada de atmósfera y misticismo particulares, podemos decir que entre los pitagóricos el tema de la amistad implicaba un estilo peculiar de vida.

En este germen de convivencia humana, que destacó sin duda en su tiempo, se encuentran las raíces del saber que orienta, la búsqueda de la satisfacción que enfrenta al hombre con la naturaleza, sólo para encontrar una salida armónica, lo que sienta las bases de una fraternidad que pasa casi inadvertidamente al plano de la vida en común, con mayor significado.

³ Esta idea la expresa muy bien Antonio Millán Puelles. Véase por ejemplo su libro *Economía y Libertad*, p. 522.

⁴ En Oriente también se dio el caso de reflexiones sobre el tema de la amistad, si bien como "admonición espiritual". Confucio, por ejemplo, dice que "Contraer lazos de amistad con alguien es contraer amistad con virtud, no debe haber en la amistad ningún otro motivo".

La búsqueda de la satisfacción en el plano social o de convivencia da origen a diversas propuestas que intentan llenar el vacío individual: el trabajo, el estudio y la relación social son, en principio, ocupaciones que busca el hombre para enriquecer y ocupar su vida.

Esto ata en cierto modo al individuo, que pierde algo de cierta libertad ante las reglas sociales, pero también se encuentra capacitado para realizar proyectos que no pueden llevarse a cabo individualmente.

Esta manera de convivir trasciende la "escuela" y el trabajo. El ejemplo de camaradería sentado por Pitágoras y sus seguidores prevalecerá incluso en tiempos de Sócrates. El legendario ejemplo de Damon y Pitias, al que ya nos hemos referido, se inspira en la atmósfera de fraternidad pitagórica.⁵ Pero es necesario dar un paso más importante, que está a cargo de los tres genios del pensamiento griego: Sócrates, Platón y Aristóteles. Con ellos, la amistad llega a un lugar importante y ordenado en la filosofía.

2. SÓCRATES Y PLATÓN

Recordemos que en aquella época el joven griego iniciaba sus estudios bajo la tutela de un maestro "particular", que permanecía con él hasta que así se considerase conveniente; la convivencia directa y el trato con los amigos de su alumno le conseguía fama y nuevos discípulos, con los que compartía el desempeño académico y las reuniones sociales. Los maestros eran hombres que, sin ocupación fija hasta ser contratados, ofrecían una guía para la vida práctica.⁶ La evolución de las

⁵ Una versión de esta leyenda —escrita por Valerio Máximo, historiador romano del tiempo de Tiberio (42 a.C. 37 d.C.)— comienza diciendo: "Damon y Pitias, iniciados en los misterios pitagóricos..." Citado por Lain Entralgo, o.c., pp. 32ss.

⁶ En la "Apología de Sócrates" se dice que éste no era maestro, porque no podía enseñar a saber, ni cobraba salario. Cfr. "Apología de Sócrates" en Platón, *Diálogos*. UNAM, México 1921. Reimpresión SEP 1988 tomo I., pág. 59ss.

formas de gobierno ofrecía oportunidades de participación. Por ello, asistir a reuniones y conferencias bajo la tutela de un maestro era muy importante.

Estas ocasiones resultaban propicias para largas discusiones públicas que se convertían en verdaderas lecciones; este es el contexto de los *Diálogos* de Platón.

Uno de estos diálogos, el *Lysis*, lleva precisamente el subtítulo "*de la amistad*". Aunque es un diálogo de los llamados "de juventud", deja entrever con suficiente claridad las nociones fundamentales sobre el tema que nos ocupa, que será objeto de análisis más detallado en *Fedro* y *El Banquete*.

En *Lysis*⁷ Sócrates confiesa a sus oyentes que la amistad es un tesoro preferible a cualquier otro de los que un rey pueda poseer: más que el mejor caballo, más que el mejor de los perros o el más exquisito y refinado de los placeres. Sócrates no ambiciona honores o posesiones, y en cambio desea apasionadamente adquirir amigos.

El testimonio de Sócrates respecto de la amistad nos da, tal vez, una clave del motivo por el que no conocemos escritos directamente suyos; buscaba darle relevancia al carácter vivencial del saber.

La amistad era para Sócrates un modo de vida, en el que lo importante era la convivencia e intercambio. La enseñanza contribuía a mejorar a los hombres, capacitándolos para buscar el conocimiento en compañía del maestro, ya que la sabiduría en la vida práctica era para Sócrates una búsqueda en común.

Reconocer que el objetivo —el conocimiento— era el mismo para alumno y maestro, da pie a una relación que "hermana" indudablemente. Así podemos entender por qué la muerte de Sócrates causó tan honda impresión en el ánimo y la personalidad de sus discípulos.

⁷ Platón, *Lysis o sobre la amistad*, 211c.

Siguiendo el ejemplo de su maestro, Platón estaba obligado a hablar de la amistad. Al principio, la intención era puramente didáctica, pero en el *Fedro* y *El Banquete* se aborda el tema con más amplitud para distinguirlo del amor erótico, ya sea como complemento, cual sucede en una relación hombre-mujer, o de otra manera, como afección unitiva entre los hombres.

Los cambios busca realizarlos el hombre en virtud de los ejemplos —ideales— que ha logrado encontrar. En este contexto, la conocida alegoría de la caverna tiene un mayor significado: el hombre que ha logrado salir de la caverna se siente impulsado a regresar con sus compañeros de cautiverio para enseñarles la salida.

La amistad, pues, se funda en un secreto vínculo de familiaridad que acerca naturalmente a los hombres. He aquí el meollo de la concepción platónica de amistad, como búsqueda de perfección, lo que explicaría el heroísmo manifiesto en los ejemplos literarios. El mismo cuidado que pone Platón en la elección del nombre de Diótima⁸ da cuenta de la importancia que tenía para él establecer con rigor los testimonios sobre el tema.

3. ARISTÓTELES: LA AMISTAD EN LA ÉTICA NICOMAQUEA

Aristóteles dedicó los libros VIII y IX de su *Ética Nicomaquea* al estudio de la amistad. Considera que, si no es una virtud, va acompañada de ella⁹ y es además lo más necesario en la vida. En este contexto, asume lo que ya Platón había establecido en *Lysis*.¹⁰

La inquietud por el estudio de la ética fue permanente en Aristóteles; tanto así que contamos con tres obras sobre el tema atribuidas a su pluma (*Ética Eudemia*, *Ética Nicomaquea* y *Gran Ética*) aunque existe consenso general en cuanto a que la obra más completa y madura de ellas es

⁸ "Honor de Zeus" (Cfr. Gómez Robledo, Antonio. Platón. México, Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2ª. reimpresión 1986, p. 400 n).

⁹ Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1155 a 1ss. UNAM. México 1983, 2ª. Ed.; Versión de Antonio Gómez Robledo.

¹⁰ Véase la nota 5.

la *Nicomaquea*¹¹. En las tres obras existen tratamientos sobre la amistad, aunque el más amplio y completo es el de la *Nicomaquea*, que por lo mismo ha sido objeto de mayor atención por parte de los estudiosos.

La amistad, entonces, entraña para Aristóteles un valor de virtud, por cuanto su ejercicio conlleva a una durabilidad difícil de desaparecer. La verdadera amistad puede desaparecer, pero si se atiende con interés, el deseo de amistad se concreta en una amistad de hecho: una relación entre dos hombres justos que mientras son tales hacen todo lo posible por conservarse así.

Porque la amistad —nos dice Aristóteles— no está peleada con el amor propio, sino que, como virtud, está encaminada a un perfeccionamiento a través del obrar, que complementa el valor propio.

La amistad es, además, aceptación del amigo por el amigo mismo¹² que conlleva una igualdad manifiesta en todas las dimensiones de la amistad perfecta, comenzando por una igualdad ontológica: los amigos deben encontrarse a un mismo nivel; esto quiere decir que para Aristóteles no cabe amistad entre el hombre y los dioses, los animales, o las cosas; incluso, es necesario un mismo grado de excelencia entre los amigos, dado por la común dignidad en la virtud, que optimiza la reciprocidad.¹³

La amistad, para Aristóteles, es una relación que supera a cualquier otra en igualdad y profundidad. Por eso, al referirse a la amistad con la divinidad, vemos que el hombre está sujeto a la benevolencia del dios que accede a la relación amistosa.

¹¹La polémica en este sentido estriba en que parece ser que la *Gran Ética* fue compuesta tiempo después de la muerte de Aristóteles, y por otro lado, la *Ética Eudemia* es anterior a la *Nicomaquea* y comparte algunos libros con ésta. Por ello, parece más seguro acudir a la *Nicomaquea* como la ética completa y madura del Estagirita. De cualquier manera, este es un asunto que no atañe a los alcances, de suyo modestos, del presente trabajo.

¹²Cfr. *Ética Nicomaquea*, ed. cit. 1156 b 10-12.

¹³Cfr. *Ibidem*, 1156 b 5-7.

Por este motivo, la relación entre estos dos tipos de seres no podría ser equitativa, y siendo humana la amistad por excelencia, no podría satisfacer las exigencias de una relación con la divinidad.

La reciprocidad aristotélica es una señal visible de esa armonía o familiaridad profunda que reina entre los amigos, gracias a la continuidad habitual del trato. De este modo, caben tantas formas de amistad como de amor, pero en la relación amistosa está presente el hábito y no la afección; la reciprocidad como participación solidaria y mancomunada en el bien, superando a la amistad por utilidad, que sin duda puede darse pero se agota cuando desaparece el motivo de utilidad.

La amistad perfecta para Aristóteles es un hábito de familiaridad dirigido hacia el bien de manera eminente, queriendo el bien del amigo, que es deseable por naturaleza,¹⁴ por cuanto al amar al amigo manifiesto el amor a mi mismo; se quiere al amigo como otro yo, se ama el bien de la naturaleza particular, íntima, del yo del amigo.

En la amistad, para Aristóteles, se busca la perfección de la naturaleza particular del amigo a través del ejercicio de la virtud. En este contexto, la amistad comprende las relaciones de amor que pueden darse y en todo tipo de niveles, en correspondencia con la búsqueda de los principios de la realidad.

Por ello, puede decirse que la amistad exige virtudes en convivencia, ya que el obrar del virtuoso repercute en su comunidad. Pero la amistad no es una virtud —aunque vaya acompañada de ella— debido a su peculiar indeterminación, porque si bien quien ejerce la virtud es uno, para la amistad se precisa del "querer bien a otro", reciprocidad sin la cual no es posible la amistad, aunque exista la virtud.

¹⁴ Cfr. *ibidem*, 1170 a 11-12.

Sin embargo, para Aristóteles es claro, y lo reitera suficientemente, que la amistad es necesaria para la vida¹⁵ de todos aquellos, virtuosos o no, que valoran la convivencia.

Los planteamientos aristotélicos se convirtieron en la base y fundamento de toda la reflexión posterior. Cicerón y Séneca, en visperas del cristianismo, son quienes hablan más del asunto. Pero, no siendo este el objetivo del presente trabajo, basta mencionar que Cicerón subraya, siguiendo a Aristóteles: el hombre desea amigos no sólo para convivir con ellos, sino para vivir con más alegría; "quitada la sabiduría nada mejor le ha sido concedido al hombre por los dioses inmortales".¹⁶

Después de Aristóteles, los temas de moral y los problemas de la vida adquieren gran importancia, porque se destaca la necesidad de resolver, enfrentar de alguna manera, las dificultades cotidianas.

4. EL CRISTIANISMO Y LA AMISTAD

La aparición del cristianismo marca el fin de una etapa de la historia y exige nueva interpretación para nociones de pronto incompletas.

Tal es el caso de la noción de amistad. Ya Aristóteles había advertido¹⁷ que el ser se dice de muchas maneras. El cristianismo está consciente de esto, y por ello advierte que la consideración acerca de la naturaleza y en particular lo que compete al hombre y a Dios, debe ser lo más completa posible.

En este contexto, ante un Dios que es Dios y Padre a la vez, cabe preguntar si podría existir amistad con Dios. Agustín de Hipona se da cuenta de que el Dios de los cristianos si participa en la relación amistosa, dignificándola y elevándola a través de la caridad.

¹⁵ Cfr. *supra*, *Ética Nicomaquea* 1155 a 4ss.

¹⁶ Cfr. Cicerón. *De Amicitia*. cap. VI.

¹⁷ *Metafísica* IV, 2 1103 a passim.

Según los conceptos de la antigüedad clásica, la amistad entre un superior y un inferior podía darse a manera de profunda admiración del inferior hacia quien le supera, con lo que la amistad encierra más obligación que igualdad.

Pero con el cristianismo, la amistad adquiere una dimensión mucho mayor: aparece por primera vez la posibilidad de llamar "Padre" a Dios. Dios "deja" su "autosuficiencia" y "superioridad" para dirigirse a los hombres como hijos. La aparición del cristianismo es la aparición de la caridad, o el amor como virtud teologal, que fundamenta la verdadera amistad con Dios y con los hombres.

Sin embargo, no llega Agustín a decir que "Dios es amistad" sino más bien que "Dios es caridad", influenciado probablemente porque "amistad" significaba entonces todavía la amistad ciceroniana, cerrada y, por decirlo así, "mundana", puesto que no contemplaba una elevación hacia lo trascendente.

Varios siglos más tarde, un monje cisterciense, Aelredo de Rievaulx, da el paso al descubrimiento de la amistad trinitaria, una amistad espiritual que cuadra perfectamente con el cristianismo, y es entonces cuando nos dice que "*Deus amicitia est*".¹⁸

He aquí el descubrimiento de la amistad cristiana, que será punto de partida indiscutible para toda otra forma de relación afectiva entre los hombres. La noción de prójimo, que es propia del cristianismo, supera el amor que se predica en la *Ética Nicomaquea*, puesto que ya no es el amor del amigo al amigo, sino que incluye a cualquiera de los hombres, por cuanto son semejantes a uno mismo, y conforme a la filiación divina.

¹⁸ Rievaulx, Aelredo de (1110-1167). *La amistad espiritual I*, n. 69. Traducción de Hermenegildo Zanuso; presentación, introducción y notas de Pedro M. Gasparoto. Librería Parroquial de Clavería, México, s/f. El P. Gasparoto desarrolló un muy interesante estudio sobre el concepto de amistad cristiana en San Aelredo de Rievaulx, publicado por la Universidad Pontificia de México en 1987.

Tal es la radical superación de la amistad cristiana frente a la tradición anterior, puesto que ya no se fundamenta en la perfección de la naturaleza sino en el carácter de persona, distinto del individuo: "persona" ya no indica sólo la intimidad particular, sino un mundo nuevo de cualidades que van más allá de la mera "animalidad racional", como bien lo hizo notar Boecio.

El concepto de amistad pierde así el matiz de egoísmo que tenía en la antigüedad y adquiere mayores posibilidades. Ya no es el individuo amigo que practica la virtud y se perfecciona, dando ejemplo y ayuda solamente al amigo, sino que ahora la persona se manifiesta con claridad y apertura, no hacia uno, sino hacia todos los hombres.

Sin embargo, la aportación más notoria y destacada sobre el tema de la amistad dentro del cristianismo está dictada, como era de esperarse, por boca del mismo Jesús de Nazaret:

"Este es mi precepto: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este de dar uno la vida por sus amigos. (...) Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, pero os digo amigos, porque todo lo que oí de mi padre os lo he dado a conocer."¹⁹

Si leemos con cuidado este pasaje y lo mantenemos en mente al acercarnos a las consideraciones de Santo Tomás de Aquino sobre la amistad, entenderemos el esfuerzo que hace por aproximar a los hombres, por medio de palabras que la razón pueda entender, a la frase y precepto que acabamos de exponer. Realmente, en este contexto se advierte el afán de rendir ante la fe los más acabados frutos de la razón. Tomás de Aquino está convencido de que la amistad con Dios es posible, y no solamente eso: es la verdadera meta de la entrega. Para él, toda amistad humana, por completa o satisfactoria que parezca, es solamente pálido ensayo de la que Dios ofrece al hombre... y en ello ha empeñado Su palabra.

¹⁹ Jn 14, 12-13.15

La "innovación" más importante derivada de esto respecto de la amistad, está dada en la inclusión de Dios y por tanto del plano trascendente-espiritual en la relación amistosa. Dentro de éste ámbito se sitúa la aportación de Santo Tomás de Aquino y la corrección que hace al gran Aristóteles.

CAPÍTULO II

A LA AMISTAD POR EL AMOR

I. AMOR DE DIOS Y AMOR HUMANO

Santo Tomás concibe el amor como una propiedad universal que se manifiesta en todos los seres, pero eminente y principalmente en Dios, quien ama porque tiene en sí el amor único y perfecto. Por lo tanto, hablar del amor de Dios no sólo es necesario en el contexto cristiano, sino que da la pauta hacia el amor humano, y de éste hacia la amistad.

Así pues, el amor existe en Dios, no como una limitación, sino como una perfección eminente. La simplicidad divina exige que se predique de su unidad simple, pero no como pasión, sino sólo según lo formal del amor.

"Porque el amor es el primer movimiento de la voluntad, (...) y por cuanto hay voluntad en Dios, es necesario que en Él haya amor". (S. Th. I, q. 20 a. 1 c.)

El amor de Dios es causa creadora: Dios ama y la creación subsiste por el amor que Dios tiene por ella; este amor divino se dirige a la perfección del ser humano como existente, de la cual Dios es causa, habiendo demostrado Santo Tomás que la causa de los seres es la voluntad creadora de Dios.²⁰

"(...) entonces, en tanto una cosa tiene el ser u otra perfección cualquiera, en cuanto Dios lo haya querido. Por consiguiente, Dios quiere algún bien para cada uno de los seres que existan, y (...) amar es precisamente querer el bien para otro". (ib., a. 2, d.)

²⁰ S. Th. I, q. 19 a. 4.

Es justamente esta característica del amor de Dios la que nos interesa, pues es a partir de ella, y justamente en esta cuestión, cuando Tomás de Aquino establece la distinción acerca del amor que da cabida a la amistad:

"Hay dos clases de amor: el de concupiscencia y el de amistad" (S. Th. I, q. 20, a. 2-3).

El amor de amistad en Dios es la manera de amar especialmente reservada para los seres racionales, quienes son los únicos capaces de corresponder al amor, y por eso están más cerca en el amor de Dios. "Las criaturas irracionales, en cambio, no pueden ser elevadas al amor de Dios ni a la participación de la vida intelectual y bienaventurada que Dios vive" (ib., q. 20, ad 3).

En este contexto se sitúa ya convenientemente el estudio del amor tal como Tomás de Aquino lo entiende. Hasta ahora, ya que sólo los seres racionales son susceptibles de este tipo de amor, como primer acto de la voluntad; pero además, y principalmente, el amor humano debe entenderse como una pasión perteneciente al apetito concupiscible.

El apetito concupiscible da lugar al amor de aquello deleitable según una tendencia. En Dios no caben los apetitos sensibles (aunque sí los de orden espiritual); esto porque, como ya se ha dicho antes, Dios es Simplicidad, Creador, Unidad. Los "apetitos" existentes en Dios son de un orden superior: en ellos no hay ya tendencia, sino posesión.

Ante esto, el amor cristiano debe dirigirse principalmente a Dios como causa del amor —el hombre debe "amar a Dios sobre todas las cosas"— entendiendo que el amor que el hombre dispensa a las criaturas es equiparable solamente por analogía al amor que se debe a Dios.

Situándonos dentro de la capacidad humana, es menester decir que fuera del deber sobrenatural de amar a Dios, existe el motivo del amor, que es la bondad, "pues no se ama indiferentemente cualquier cosa, ya que no se ama el mal en cuanto mal" (In Eth. VIII, lect. III, Marietti 1091).

El que exista una distinción en el amor, y que esta diferencia se deba a la bondad del objeto amado, indica que el amor como pasión se fundamenta en un deseo de perfección, asequible a través del objeto que se ama. "Cada cual parece amar lo que es un bien para sí" (ib. Marietti 1092).

Pero el amor no tiene lugar únicamente en razón de lo que se ama, sino que, cuando se da el amor de amistad como tal, el bien no se ama por su objetividad sino que es susceptible de perfección, no sólo de modo concupiscible. Por lo tanto, el amor, aunque es una pasión perteneciente al apetito concupiscible, no se limita a ser amor concupiscible. El amor, como propio del apetito, se dice de él por cuanto busca el bien al igual que éste.

Hecha la distinción entre los dos tipos de apetito posibles, el amor queda situado como potencia del alma que se corresponde con un objeto del apetito natural, o bien, entendido como deseado en sí mismo y no para mí (Cf. S. Th. I-II q. 26 a. 1, c.). El amor derivado del apetito concupiscible se puede entender así como una inmutación que mueve hacia un objeto en cuanto éste se desea.

Entonces es necesario puntualizar que el amor divino tiene una expresión humana que puede referirse de dos maneras; primera, de acuerdo a su origen; y segunda, de acuerdo a su dirección. El amor humano, siendo ante todo afecto y búsqueda en el hombre, se expresa hacia Dios de manera especial, por cuanto es su causa; y hacia el hombre, el amor tiene lugar como pasión y no como predicación eminente porque en el hombre el honor no es una perfección que se conmensura con su acto, sino que se ve realizado a través de actos sucesivos y además conduce al hombre de manera perfecta. Por esto decía San Agustín: "ama y haz lo que quieras".

De este modo, el amor del hombre hacia el hombre es un aliciente de perfección que busca un bien. Pero eso se tratará a continuación.

2. EL AMOR HUMANO COMO PASIÓN.

EL SIGNIFICADO COMÚN DE AMOR HUMANO

Una vez establecido que en Dios se encuentra el amor como perteneciente a su altísima dignidad, es menester dirigirnos a las peculiares características que tiene el amor del hombre.

Santo Tomás refiere en múltiples lugares que las clases de amor son dos: de concupiscencia y de amistad, y por éste último, Dios mantiene una estrecha relación con los seres racionales.

Sin embargo, el hombre, dadas sus limitaciones, se encuentra a disgusto en la soledad. La historia de la vida es una biografía de afectos. Descubrir el bien en otro es una alegría indescriptible que se da, empero, con la tranquilidad de encontrar lo que se buscaba.

El amor es una realidad para el hombre desde el momento que, en la perspectiva tomista, descubre a Dios como causa y se admite a sí mismo como un hijo de Dios. La fe es un instrumento de saber, y no sólo una postura de asombro estéril. Al preguntarse Tomás de Aquino sobre la posibilidad del amor de Dios, un simple vistazo a las Escrituras le tiene ya la respuesta categórica, indiscutible: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado".²¹

Admitir la existencia del amor en Dios es admitir consecuentemente al amor humano como una realidad, que frente a la soledad se alza como remedio, y frente a la eternidad, como vínculo.

Por lo tanto, en el amor humano cabe hacer dos distinciones. El primer modo del amor humano será aquél según el cual se tiende hacia lo que se ama como objeto susceptible de apropiación, y este es el amor concupiscible, cuyo acto de amor es posesivo y se refiere a la satisfacción personal de quien ejerce el acto; mientras que el segundo, el amor de amistad, se refería al amor según el que lo amado se ama por ello mismo y de manera absoluta, siendo su acto un otorgamiento o

²¹ Jn 13, 34.

dirección más que una posesión. Hacia el bien se tiende, pues, según el amor, de dos maneras: "concupiscible" y "amistosa".

Pero veamos lo que dice Santo Tomás:

"Así pues, el movimiento del amor tiende a dos cosas: al bien que quiere, para sí propio o para otro, y a aquel o aquello para quien quiere ese bien. Al bien que uno quiere para otro se le tiene amor de concupiscencia, y al sujeto para el cual se quiere el bien, se le tiene amor de amistad". (S. Th. I-II, q. 26 a. 1, c.)

Por lo tanto, el amor humano sucede como deseo de perfección que se asume o que se otorga, pero en el amor de benevolencia, del *querer bien*, todavía no se tiene un estricto amor de amistad. La benevolencia es condición del amor para que se convierta en amistad, ya que la benevolencia no implica de suyo la acción. En este sentido se dice que "el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones".

Querer bien no se identifica con actuar bien. La benevolencia dirigida y estricta es lo que se convierte, en ejercicio, en la verdadera y plena amistad, porque no está presente ese elemento de pura donación. Así, el amor de amistad es aquel por el cual se quiere el bien para "otro" amigo, queriéndolo, haciendo énfasis en el acto afectivo por el cual se está queriendo lo que se quiere para el amigo; se busca el bien *para* otorgarlo.

Estas son, para Santo Tomás, las fronteras que separan el amor y la amistad. Sin embargo, no son suficientes para establecer una verdadera distinción entre ellos, por cuanto la amistad es una acción que une a los hombres y no está exenta de ese sentimiento y apreciación afectiva mutua que llamamos amor. Así, la amistad tiene lugar en un plano no ajeno al amor, pero la división del amor y de amistad, nos dice Santo Tomás, no se hace por la amistad y la concupiscencia, sino que el amor es *de amistad o de concupiscencia*.²²

²² Cfr. S. Th. I-II, q. 26, a. 4 ad 1.

El amor que hay que distinguir más propiamente de la amistad, si se quiere llegar a establecer claramente lo que es ésta, es el amor entendido en su sentido general.

Entendemos como amor una inclinación, un atractivo por todo aquello que se encuentra frente a nosotros. La confusión más importante entre el amor y la amistad se debe a un malentendido del significado lato de amor.

Para relacionar esto con el pensamiento de Santo Tomás, diremos que el significado correcto del amor es empobrecido por la exageración de sus efectos.

El amor se entiende en general como un acto afectivo en general que puede confundirse así de manera muy sencilla con una manifestación "incompleta" del amor: amor erótico. El amor así entendido difiere claramente de la amistad por cuanto aquél tiene su manifestación más acabada con un mero contacto físico, y ésta es más bien una unión obtenida por el conocimiento mutuo, que así posibilita una acción conjunta hacia la consecución de un bien que perfecciona. Es decir: para distinguir, cara al concepto común del amor, entre el amor y la amistad, es necesario decir que el concepto vulgar de amor se refiere más bien a sus efectos fisiológicos que a la unión o mutua inhesión del amante con el amado.

"De las cosas de amor que se dan, a saber, el amor de concupiscencia y el amor de amistad, tanto una como otra proceden de una cierta aprehensión de la unidad del objeto amado con el amante como perteneciente a su bienestar". (S. Th. I-II q. 28 a. 1, c.)

"El amor mismo esencialmente es unión por coadaptación en el efecto, asemejándose a la unión substancial en tanto que el amante, en el amor de amistad, se ordena al amado como a sí mismo, y en el amor de concupiscencia, como a algo propio" (ib., q. 28 a. 2, ad 2).

Tal parece ser que el amor se entiende en sí mismo como una pasión excelente que conlleva como efecto a la posesión de un fin en radical unidad y conmensuración del amante con lo amado.

A esto hay que decir que en el amor de amistad la unión está dada por la perfecta correspondencia en el conocimiento mutuo, y en este sentido la amistad como tal no es una pasión del amigo, sino una convivencia mutua en un mismo acto de conocimiento y afección.

Podemos decir, en suma, que el conocimiento es causa también del amor y la amistad, pues "el bien no es causa del apetito sino en tanto que es aprehendido, y, por lo mismo, el amor requiere una aprehensión del bien amado". (S. Th. I-II, q 27 a.2, c.)

¿Qué es el amor, en fin, sino una respuesta, una actitud, sea pasión o no, frente a lo amable? Por ello se puede entender, en un contexto estrictamente tomista, la importancia que supone para el hombre el amor como respuesta radical y primer acto de la voluntad, frente al mundo.

Con ello podemos decir que en Santo Tomás, la posesión del bien como unidad, como vínculo de unidad entre el amante y lo amado, responde a una iniciativa que parte del amante y se realiza en el acto de amor. Esto quiere decir que el amante busca unirse con lo amado pero ya tiene desde sí mismo una característica propia de unidad.

En este sentido, el concepto del amor que sostiene Santo Tomás es de mayor amplitud que la amistad; la condición del amor a otro es, además del conocimiento y la bondad, la semejanza.

En el contexto de la semejanza entendida como posesión en acto de una cualidad entre lo que se asemejan, o bien entendida de acuerdo a que un semejante tiene en acto lo que el otro en potencia (cfr. S. Th. II, q 27 a.3, c.), se puede distinguir ya en principio la aportación del cristianismo con respecto a la amistad y el amor.

Antes del cristianismo, se señala la relación de amor y de amistad como la tendencia hacia la posesión de un bien que se apetece como necesario; y además, queda claro que nadie puede dar lo que no tiene. Por ello, la relación amorosa implica una semejanza entre amante y amado, pero más

aún, una coherencia propia del amante respecto de sí mismo como principio de amor hacia otro. En este sentido, el amor del amante a lo amado es una expresión o reflejo del amor a sí mismo.

En este reflejo es donde el cristianismo sitúa el principio de la relación de la proximidad, con la que supera el concepto de amor de la antigüedad.

"Para un sujeto creado, y tal es el caso del hombre, 'querer el bien para alguien' significa en el último extremo, tender hacia la propia perfección, querer el bien para sí mismo (...). El recto amor de sí comporta naturalmente el amor semejante".²¹

Así pues, la semejanza respecto de los demás como causa del acto de amor supone como consecuencia un provecho que el amante recibe por ejercer el acto de amar a su objeto.

El amor según el concepto precristiano no contempla más allá de la posesión de una perfección en cierto modo egoísta o apenas compartida. No existía entonces el concepto de un amor universal, extensivo a todos los hombres y a todas las creaturas, partiendo del criterio unificador de la filiación divina.

La soledad humana, la soledad de cada hombre, tenía un sentido particular y aislado de profunda desolación, puesto que el remedio o la manera de enfrentarla estaba sujeto a una relación de simple reciprocidad al modo primitivo de la ley del Talión: antes del cristianismo se amaba al amigo y se odiaba al enemigo.

Una vez aparecido el cristianismo, con su doctrina de amor universal, se completa por primera vez el hallazgo del prójimo: la soledad comienza a ser voluntaria; frente a cada individuo aparecen los hombres, como una multitud de "otros" que son ya "hermanos" y no amigos o enemigos.

²¹Lain Entralgo, Pedro. o.c., p. 86.

El mandamiento que decreta el amor de unos a otros a la manera del amor de Dios ya no es una ilusión absurda o imposible, sino un precepto de fraternidad espiritual extendida a todos los hombres, elevada a virtud con el nombre de caridad, se distingue de la amistad humana propiamente dicha en que la caridad es un lazo sobrenatural que llama a la perfección por el ejercicio de la virtud y tiende hacia la salvación, a traspasar el plano de la vida natural y realizarse plenamente fuera del mundo.

“El cristianismo exige la caridad como condición de salvación y encomienda íntimamente humana para efectos de apostolado”.²⁴

La caridad importa entonces por cuanto que es la manifestación de una elevación hacia Dios del amor del hombre hacia el prójimo y toda la creación, y siendo el amor de Dios el más perfecto que pueda darse, puesto que si Dios tiene en sí mismo el amor y es el más digno de amor, necesariamente entonces el amor que por Dios le dispensamos a los seres creados es el amor más alto que se les puede tener; y tal es el amor de caridad.

Por esto, el amor al prójimo “como a uno mismo” parte de la unidad personal, y es un amor abierto, no especificado, por cuanto se dirige al *hombre*, y no a *éste* hombre. La amistad, en cambio, nace de una elección concreta.

Ahora bien, la amistad no es caridad porque no se es amigo de todos; en ello coinciden las Escrituras: frente al pasaje de Juan en el que se enuncia el nuevo mandamiento, “Amaos los unos a los otros”, que se refiere directamente al nuevo concepto de amor como caridad, encontramos la recomendación del Antiguo Testamento: “que sean muchos tus amigos, pero amigo íntimo sólo uno entre mil. Si consigues un amigo, ponlo a prueba; no confíes demasiado pronto en él” (Eclo 6,6-7). Esta recomendación se refiere a la amistad humana como tal.

²⁴ Vázquez de Prada, Andrés. *Estudio sobre la amistad*. RIALP. Madrid 1975, p. 67.

Santo Tomás se ocupa del amor como una faceta patente y plausible del ser humano, en la que éste tiene su realización de máxima dimensión. El hombre es plenamente hombre cuando ama, al dar y recibir amor.

El hombre, para Tomás de Aquino, no desmerece en su obra, sino que está presente todo él en su actuar, ya que "cuanto más noble es una potencia, tanto más universal es el objeto sobre el que actúa". (S. Th. I, q. 78, a 1.)

Así pues, la posición privilegiada del ser humano en el punto más alto de la creación, es testimonio de su apertura hacia una dimensión más amplia. El hombre no está abandonado ante el mundo ni inmovilizado ante él: su encuentro con él hace posible un interés que dirige la transformación del hombre mismo y de su entorno.

Esto procede en definitiva de una dimensión ontológica fundamental: el movimiento, pues es patente que "todo lo que existe, por el hecho de existir y tener una naturaleza, tiende naturalmente a algún bien" (S. Th. I, q. 63 a. 4).

Más aún: las cosas que componen el universo tienden al bien según las posibilidades de cada una, y de esta manera se van logrando con diferente éxito los fines de la naturaleza, en clave de plenitud: cada ente tiene de suyo una determinación hacia la búsqueda de un bien que le haga alcanzar su plenitud. Bueno es, por tanto, aclarar sobre esta base lo que significa el amor, acorde con la superación que conlleva la posesión de un fin.

El hombre mismo encuentra en sí la aptitud o inclinación hacia la perfección, en primer término con un apetito natural que no se encuentra especificado por algo en concreto. El hombre se realiza gradualmente en una posesión "tras" otra que lo llevan a la adquisición de fines que le engrandecen. He aquí la importancia fundamental del amor como parte integrante y especial de la realidad humana.

Amar consiste en deleitarse en aquello que se ama, sin buscar ninguna utilidad, pues la utilidad se encuentra más cuanto menos se persigue. He aquí la dimensión, la definición verdadera de lo que significa el fin. El amor, como la amistad, encuentra fines que no ha perseguido explícitamente, pero que están ligados al fin principal de la apetición. (Cfr. Cicerón, *De Amicitia*, cap. 27).

3. EL AMOR DESDE EL APETITO: BONDAD Y FIN

Ya manifiesta la dirección del amor como tendencia hacia un bien real que se nos presenta y se persigue como fin, Tomás de Aquino nos dice que éste pertenece al apetito concupiscible, cuya es también la referencia hacia un bien real o aparente.

“La mutua adaptación del apetito sensitivo o de la voluntad con determinado bien (...) se llama amor sensitivo o intelectual y racional. El amor sensitivo, por consiguiente, reside en el apetito sensitivo, como el amor intelectual; y pertenece al concupiscible puesto que se refiere al bien en su concepción absoluta, no como arduo, bajo cuyo aspecto el bien cae dentro del objeto del irascible”. (S. Th. I-II, a 26, a. l. c.)

De este modo, el amor queda establecido según su naturaleza dentro del apetito. El amor es una apetición especial, primero inmutación del apetito por el objeto apetecible y no una mera relación de unión, que tiene más bien su orientación en el amor.

“La unión pertenece al amor en cuanto, por la complacencia del apetito, el que ama se refiere al objeto amado como a sí mismo o como a algo suyo. Y así es evidente que el amor no es la relación misma de unión, sino que ésta es consecuencia del amor” (S. Th. I-II, q. 26 a. 2 ad 2).

En el sentido de lo antes citado se puede ver cómo el amor se amplía hacia una mayor perfección. Lo que en principio se advierte como concerniente a la “naturaleza” del amor, resulta ser una consecuencia del amor mismo. El amor no “es” la unión, sino que la comporta y amplía. Por la unión se advierte el amor, pero no es ésta su esencia total.

Traduciendo esto al plano personal, podemos observar que la misma naturaleza humana encierra la posibilidad de perfección, pero no siempre la presencia de alguna o algunas en particular indican las restantes. Así, una persona determinada que esté "agraciada" en el plano físico, puede o no tener perfecciones morales. Más aún, la ausencia de alguna perfección tampoco es indicio seguro de la falta de otras.

La búsqueda del amor perfeccionante implica buscar la perfección de la propia naturaleza, puesto que, aun cuando el hombre se perfecciona en grado mayor ejerciendo el amor en su dimensión espiritual, no puede descuidar a la naturaleza.

Algunas filosofías orientales nos presentan ejemplos de este abuso de la naturaleza "en bien del espíritu": pretendiendo alcanzar una perfección radicalmente espiritual no sólo disciplinan el cuerpo, sino que lo someten a pruebas muchas veces de consecuencias irremediables para la salud.

Para el cristiano, esto tiene su origen no en la mayor apetición de un bien espiritual mayor, o en un mero deseo de mortificación espiritual, por la que algún cuidado debe tener del cuerpo, sino tomando en cuenta que la naturaleza física es una condición real y manifiesta del ser humano, y no un estorbo para el crecimiento espiritual únicamente. El mismo Decálogo consagra el respecto al cuerpo propio y ajeno como una vía de perfección.

Así encontramos entonces la doble dimensión del amor como apetito, que conlleva por igual la búsqueda de un bien espiritual y un bien físico. El apetito implica abandono, pero también un sentimiento saludable de pertenencia al que no es posible sustraerse.

Por ello es importante que el amor como tal, el amor de amistad al que se tiende, se tenga hacia un sujeto en absoluto, y esto quiere decir que el amor de amistad se dirige a un sujeto como totalidad. De ahí que el amor desde la perspectiva cristiana no pueda desligarse de ningún aspecto, por parcial que éste sea, de la persona a la cual se ama de este modo.

Esto quiere decir, primero, que el amor en su dimensión perfecta no soslaya o deja pasar las imperfecciones: el amor está presente allí también, por cuanto tiende hacia la perfección buscándola. El cristiano ama la persona en su totalidad, no la imperfección que no se pueda sobrellevar; el amor sigue buscando el bien, pero no se hace falsas ilusiones:

"no la invalidez o la fealdad en cuanto tales, sino tal invalidez o tal fealdad, aquellas que por modo invencible se ve obligada a soportar la persona amada". Y que éstas pueden servir aún de presupuesto físico a una ulterior perfección (Cfr. Lain Entralgo, o.c., pág. 63).

El amor en general, tal como aparece en el cristianismo, se ocupa de bienes sin personalidad, pero que sin embargo no pierden su calidad de fines; antes al contrario, son fines de modo radical pero en el sentido de que tienen un término, lo que no sucede con la amistad, que crece de modo ascendente y no exclusivamente utilitario. El amor concupiscente se termina en la posesión, mientras que la amistad encuentra más motivo de crecimiento en ella.

Por eso establece Tomás de Aquino que es pertinente la división del amor entre concupiscible y de amistad, diciendo que "el amor no se divide por la amistad y la concupiscencia, sino en amor de amistad y de concupiscencia" (S. Th. I-II q.26 ad 1.)

Ahora bien, el amor como tal está dotado de una naturaleza, pero su causa, más en lo concerniente a la distinción que guarda respecto de la amistad, es la semejanza.

El amor se finca en la semejanza por apetición, es decir, por inclinación hacia una perfección que se desea y se adivina propia, queriéndola por sí misma por una situación de privación, pues bien ya se ha dicho que se desea lo que no se tiene por cuanto que precisamente no tiene, y sin embargo produce ya un cierto modo de amistad, si bien no la más perfecta, puesto que es la amistad llamada útil o deleitable, que persigue una posesión, y como se ha dicho, termina en ella.

La verdadera amistad no puede tener un fin estrictamente establecido como un estado perfecto al que se deba llegarse, porque está precisamente allí su desconocimiento. La amistad como tal busca

un fin de perfección al cual siempre está por llegar; la semejanza que se desea poseer en acto cuando se tiene sólo en potencia hace posible la aproximación a lo deseado hasta que se posee. El amor de amistad en cambio se basa en la semejanza actual, por la que se puede decir que ambos amigos son uno "y por esto la afección del uno se dirige hacia el otro como hacia sí mismo, y para él mismo, él quiere el bien como para sí mismo". (S. Th. I-II, q. 27 a. 3, c.)

De este modo, el amor que se tiene por concupiscencia no tolera la semejanza más que en aquello que se pretende conseguir, ya que si la semejanza se vuelve competencia de varios por un mismo bien, la concupiscencia no se fija en la posible semejanza que guarden entre sí los competidores, por lo que se ve al otro como a un obstáculo para la consecución del propio bien.

CAPÍTULO III

TIPOLOGÍA DE LA AMISTAD

I. SEGUIMIENTO DE LOS POSTULADOS ARISTOTÉLICOS

Aristóteles considera la amistad únicamente como un estado paravirtuoso, es decir, un terreno abonado para el cultivo de la virtud; de manera que la amistad puede ser visualizada desde el punto de partida aristotélico, hacia la visión tomista, como una característica de la atmósfera social de la vida que estimula la virtud. Por ello Aristóteles "no considera sólo lo que hoy solemos entender por amistad, o sea la relación de camaradería, sino en general todas las formas de amor y simpatía que se dan en la vida social, desde la familia hasta la comunidad política, haciendo de ellas expresiones o condiciones de la conducta moralmente valiosa".²⁵

Este es el origen de la virtud aristotélica de la amistad. Tomás de Aquino, siguiendo fielmente a su maestro, está consciente de ella desde la filosofía moral. Sin embargo, no puede limitarse a ésta visión "socio-virtuosa" de la amistad, puesto que el tratamiento tomista ubica a la amistad como consecuencia del amor.

La amistad, para Santo Tomás, no es un compendio de situaciones o características que ejemplifican la vida social humana, sino que se debe a un paso mucho mayor y más trascendente. La necesidad de la amistad es clara para todos los ámbitos de la vida social, pues aumenta las capacidades de acción recíproca que no sólo fundamentan la sociedad, sino enriquece a los que participan de ella.

En cuanto a la sociedad, se da como reflejo de estas características que pueden observarse con peculiaridad en cada uno de los hombres, pero que sin embargo se comparten.

²⁵ Gómez Robledo, Antonio. En Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, UNAM, México 1983, 2ª Ed. *Introducción*, p. XCVII.

"(...) la más grande es la amistad natural que hay entre todos los hombres (...) según la semejanza de la naturaleza de especie(...)"²⁶

De aquí se desprende la amplitud de lo social en el hombre, ya que no es sólo un "animal político" sino que la amistad le es característica. Santo Tomás hace ver, con Aristóteles, que es digno de aplauso en este contexto aquel que cumple lo que es natural para los hombres, y por eso es que elogiamos a los filántropos, que reconocen lo natural y lo llevan a cabo.²⁷

Esta simple semejanza debida a la naturaleza es, por lo tanto, origen espontáneo de la confianza entre los seres humanos, a partir de lo cual se adivina un cierto amor que favorece la armonía y el respeto; el amor filantrópico es índice de la renuncia al egoísmo y por lo tanto de una estrategia incipiente, a partir de lo que es naturalmente bueno, objeto de la filosofía moral, que se encamina, dentro del ámbito social, a la procura de una evidencia de la amistad natural entre los hombres.

Por eso, la búsqueda del bien en la última instancia es la misma para todos los hombres, advirtiéndose con mayor evidencia que el bienestar debe ser común y generoso. La justicia, como pilar de las virtudes, no queda en sentimiento humanitario sino que se resuelve en amistad y en amor, llegando éstos a hacer las veces, por su mayor amplitud, de justicia: "de allí que los legisladores procuren más conservar la amistad entre los ciudadanos que incluso a la justicia".²⁸

¿Por qué se da esto? Es evidente, sin embargo, que cuando se trascienden los límites de la filantropía y justicia, cuando la solidaridad está combinada con una verdadera confianza, tenemos mediante el amor y la amistad una especial consideración hacia aquellos a quienes profesamos amor o amistad, y lo distinguimos del mero comportamiento filantrópico, pues no es ya tan sólo la semejanza, sino el compartir algo más. Podemos decir que según esto, la presencia del amigo y el

²⁶ Tomás de Aquino, *In Eth Nic.* CIAFIC. Madrid 1983, trad. de A. M. Mallea, libro VIII, lecc. I, No. 1541.

²⁷ Cf. *Idem.*

²⁸ Cf. *Ibidem*, No. 1542.

disfrute de su compañía no se debe a la conciencia de la semejanza natural, aun cuando esta exista y como tal sea amable.²⁹

La cuestión aquí, hace notar Santo Tomás, es que lo similar es amable, pero lo que perfecciona accidentalmente puede ser contrario, como lo medicinal, que se considera ya no por semejanza sino por su utilidad.

Uno es amigo de quien, además de su organismo, además de su integridad física y espiritual, es capaz de acciones libres que lo dirigen hacia otro, y por lo tanto acepte la relación posible y la cultive, más allá de los supuestos meramente naturales.³⁰

Así, es posible hablar de una tipología de la amistad, dentro de la cual no hay una sola posible, sino varias según lo más y lo menos; se ama lo amable según sea honesto, deleitable o útil.³¹

2. DEFINICIÓN DE AMISTAD

A partir de todo lo anterior, podemos definir la amistad como la relación entre dos en la búsqueda de un bien, de manera abierta. Querer el bien recíprocamente y compartirlo en una comunión de vida, basada en la naturaleza abierta de las almas.³²

La amistad, sin embargo, se establece sin una meta concreta, puesto que está fundada en la mutua benevolencia. Esto quiere decir que la proposición del bien a perseguir no es previsor, sino espontánea. El progreso de la amistad depende de una espontaneidad hacia el bien concreto, teniendo sin embargo al bien como fin último. El motivo del afecto frente al otro está dado "por la

²⁹ "(...) pues lo similar, formalmente hablando, es amable" In Eth. Nic., ed. cit., No. 1545.

³⁰ Cf. Laín Entralgo, o.c., p. 184.

³¹ Cf. In Eth Nic., ed. cit. No. 1152.

³² Cf. S. Th. I-II, q. 65, a 5 c; II-II q. 23, a. 1, c.

similitud de las almas, de las convicciones, de los sentimientos, de las costumbres, de los intereses, de los placeres y de los deberes"³³; "pues no se ama indiferentemente ..., se ama lo amable".³⁴

La amabilidad, pues, es en el contexto de las relaciones entre personas, la que más bien se encuentra como punto de partida, y no como estado al cual se proyecta siempre llegar. La amistad, para Tomás de Aquino, no es un proyecto, sino un hecho. La amistad se realiza siempre en un contexto presente.

3. LA AMISTAD ÚTIL, DELEITABLE Y HONESTA

Lo amable es tal por cuanto es un bien por sí mismo, y frente al que ama provoca que se piense siempre únicamente en la utilidad, y sólo es más tarde cuando aparece la perspectiva de la perfección como una necesidad para complementar los alcances de la verdadera amistad. Porque encasillado en una sola perspectiva, depende de la bondad o maldad de la proposición que se haga.

A partir de esto podemos reiterar nuevamente que la amistad verdadera no se propone fines porque sería establecer una valoración de antemano, mientras que, cuando no se basa en la utilidad o el placer, está abierta a la especificación de los fines que le van dando cumplimiento definitivo, pues "a cada cual le es amable lo que es un bien para sí".³⁵

El amor y la amistad, en este sentido, no consisten, como dijo Cicerón, "en otra cosa sino tener dilección de aquel que amas, sin buscar en ello ninguna utilidad, la que, sin embargo, brota de la misma amistad cuanto menos la persigues".³⁶

³³ Noble, H.D. *La amistad*. Desclee de Brouwer. Pamplona 1957, p. 25.

³⁴ *In Eth. Nic. ed. cit.*, No. 1552.

³⁵ *Ibidem*, No. 1554.

³⁶ Cicerón, *De Amicitia* cap. 27.

Por lo tanto, podemos descalificar la amistad útil, por cuanto tiene una doble dimensión. La amistad allí se establece por accidente y en la búsqueda de un bien aprovechable tan sólo de manera unilateral. Hay una amistad efímera; es decir, se puede prever el fin de la amistad con el fin de la utilidad. No hay consistencia y la doble dimensión está aquí: o se consigue lo que se pretendía, y entonces la amistad pierde su motivo, o no se consigue, y la amistad se rompe por cuanto no cumplió con las expectativas: una amistad de este tipo siempre está condenada al fracaso.

Lo mismo sucede con la amistad deleitable, dirigida al placer. Las amistades de este tipo no están establecidas por el sujeto de la amistad frente a otro, sino que se tiende "a la utilidad [el placer] que por él existe".³⁷

Esta no es una verdadera amistad, sino que la relación se mantiene, como especie de homenaje a quien contribuye con la comida, el transporte, o aporta algún placer, generalmente no ordenado al bien mayor sino al inmediato.

Estas amistades son fácilmente mudables, pues siempre hay la posibilidad de cambiar la utilidad o el placer por una utilidad distinta.

"La virtud conserva siempre el mismo atractivo para quien no se fija más que en ella, al poner su afecto en el amigo que la posee".³⁸

El amor puede, como característica de las posiciones, sentirse movido únicamente por el deleite o el placer; la amistad, en cambio, dada su característica eminentemente espiritual (no hay tal cosa como la "amistad física") "nace porque aprecia lo mejor que posee el amigo: su virtud... la amistad es abnegación; quiere únicamente el bien para el amigo; que sea para él y sólo para él".³⁹

³⁷ Cfr. *In Eth. Nic.*, No. 1102.

³⁸ *Idem.*

³⁹ *Idem.*

La amistad no es una pasión y tiene una capacidad espiritual más amplia, lo que le permite, cuando es honesta, mantenerse más firme que en lo útil o lo deleitable.

No nos resta más que hablar de un tipo de amistad: la amistad honesta, la amistad verdadera, dirigida hacia el bien. Para ello, Santo Tomás acude nuevamente a las palabras del Filósofo: la amistad en sentido principal se debe a la virtud, pues los que son semejantes en la virtud quieren mutuamente al bien del otro en cuanto son buenos; y por ser buenos, es decir, por cultivar la virtud, quieren mutuamente el bien del otro en razón del amigo mismo⁴⁰.

Y más claro aún: "El contenido y la estructura de la amistad podrían expresarse por esta fórmula: 'Quiero el bien para ti, como lo quiero para mí' (...). Por la fuerza de las cosas, tu 'yo' llega a ser, por tanto, mío y vive la misma vida. Así es como se explica la palabra 'amistad'"⁴¹.

4. EL PUNTO DE LLEGADA: LA AMISTAD PERFECTA

Conviene en este momento hacer un recuento de nuestro itinerario. Primero, por vía del amor, hemos expuesto la importancia de la virtud individualmente; y después, por medio de la naturaleza misma del amor y la virtud, que carecen de sentido si no se realizan en acto, hemos llegado a la amistad.

Es sorprendente encontrar, después de tantas menciones específicas sobre el amor en la *Summa Theologiae*, que solamente una cuestión (I-II, q.114) se dedica a la amistad como tal. Y sin embargo, lo que en este lugar se menciona trae consigo un eco reconocible de los *Comentarios a la Ética Nicomaquea*.

⁴⁰ Cfr. *Ibidem*, Nos. 1575-6.

⁴¹ Cfr. Wojtyła, Karol. *Amor y responsabilidad*. Ed. Razón y Fe. Madrid 1969, p. 96.

Sin embargo, antes de abordar de lleno el tema de la perfección en la amistad, cabe hacer mención de algo muy importante. Para Aristóteles, como para los pensadores griegos y romanos que se ocupan del tema, la perfección de la amistad es una perfección humana. La convivencia y reciprocidad en el amor que entre sí guardan los amigos se refiere únicamente al plano humano.

Sin embargo, para nuestro autor, la amistad en cuanto perfección y en cuanto virtud perfeccionante, ya no es sólo "una cierta virtud, o algo que va acompañado de virtud"⁴². La amistad es un vínculo que admite y se dirige a un tercero, que en este caso es Dios.

Si Aristóteles habla siempre de los motivos de perfección en el trato humano que reciben entre sí los hombres merced a la amistad, le hace falta la visión cristiana para dar a la amistad un nuevo nombre como virtud, pero virtud teologal esta vez: la caridad. Pues el nombre que reciben quienes participan de esta virtud es precisamente el de amigos.

En este caso, al dar cabida a la trascendencia, ya no se trata de amistad humana (*amor amicitiae*) sino de caridad (*amicitiae caritatis*).⁴³

Una vez expuesto lo anterior, podría preguntarse: entonces, ¿por qué hablar de amistad humana (siguiendo a Aristóteles) en el contexto del pensamiento cristiano de Tomás de Aquino?

En la respuesta a esta pregunta encontramos el compromiso del pensamiento tomista. Recordemos que en la época de Tomás de Aquino era práctica común abordar y discutir los temas clásicos de la filosofía. Santo Tomás, como buen estudioso de las tradiciones y a la vez, a fuer de sacerdote, necesitaba acudir al lenguaje filosófico en uso para señalar los errores o deficiencias que encontraba... y si tal fuese el caso, perfeccionar este lenguaje en servicio de un fin más alto.

⁴² Cfr. Aristóteles. *Ética Nicomaquea* VIII, 1.

⁴³ Cfr., por ejemplo, *S. Th.* II-II q. 25 a 2, c.

A mayor abundamiento, y para reforzar una vez más el objetivo de este trabajo, conviene citar lo que al respecto dice un reciente estudio sobre nuestro tema:

“Si el Santo aceptó la doctrina del Estagirita sobre la amistad, es porque la encontró como connatural para expresar la verdad revelada de la Escritura. los instrumentos que el contacto con Aristóteles le procuró [sic] fueron, ante todo, una doctrina más fundamentadamente metafísica del amor, y como consecuencia una distinción más clara entre la voluntad y el afecto”⁴⁴.

Que el amor es condición de la amistad, tanto más cuanto que ésta se convierte en aquél o se manifiesta por su medio, ya quedó dicho anteriormente. El texto arriba citado trae a cuento un elemento importantísimo para hablar de la perfección en el orden de la amistad: la voluntad; no esa voluntad casi ciega, arrebatada e inflamada por un afecto que transporta, sino una voluntad firme, que educa, que dirige, y que, en suma, no está dispersa ni fragmentada. Porque, en efecto, el amigo, al llamar a otro su amigo o dirigirse hacia él, lo hace porque quiere y sin perder un ápice de su personalidad.

¿Esto quiere decir que la amistad es más difícil que el amor? No me atrevería a decirlo de ese modo; pero pensemos: amar, en cuanto pasión, solamente implica encontrar un objeto digno de ser amado y, como dirían los poetas, “cobijarse frente a su calor”. Muchas veces el objeto del amor no sabe que es amado, pero no por eso deja de amar el amante. Esta es la materia de la poesía, en el mejor de los casos, y la máscara bajo la que se oculta un terrible padecimiento: la incapacidad de dar en la medida en que se recibe.

Allí está, por fin, la gran magia, el *hilo negro* de la amistad en cuanto humana: la correspondencia, la semejanza, la reciprocidad. Pues verdaderamente no se tiene amistad sino con aquel que es capaz de compartir con nosotros las cosas; hasta el silencio puede ser materia a compartir. Como decía G.K. Chesterton, por boca del Padre Brown: “Venga, querido amigo. Tengo necesidad de

⁴⁴ González, Carlos Ignacio. *Amistad y salvación. La redención como obra de la amistad de Cristo en Santo Tomás de Aquino*. Librería Parroquial de Clavería. México 1982, p. 71.

callar junto a usted".⁴⁵ ¿Y cómo sería posible compartir algo con alguien que no puede verlo como nosotros lo vemos? ¿Y cómo alguien ve lo que yo con mis mismos ojos si no es como yo mismo? Más aún: ¿esta posibilidad no me empobrece?

La cuestión subyacente aquí, que ya tratamos al hablar de la amistad útil y la amistad deleitable, es que en aquellos dos casos la posesión del bien es el acabamiento. Yo me quedo con lo que buscaba; mi objetivo y mi búsqueda quedan así satisfechos y no hay nada más que hacer o decir.

Y en el caso de la amistad honesta, la más perfecta que cabe lograr en el plano humano, la posesión del bien no se da como algo extraño, porque el bien que poseo es "como yo mismo", a pesar de ser otro.

La amistad honesta, la amistad humanamente plena, es hacer participe al otro de lo que íntimamente somos, conservando la integridad —si se me permite decirlo así— *personal*, en todo excepto lo que se refiere al fin buscado.

Es decir, en la amistad honesta hay dos personas, dos amigos, que se hacen uno, no substancialmente, sino por una comunicación íntima de lo que son. Así, la amistad honesta logra algo increíble: hacer uno solo de dos personas, *cuando son y se comportan como amigos*. Y además, lo que se logra con esta amistad es algo único, personalísimo, irremplazable. El bien logrado a través de la amistad honesta, perfecta en cuanto humana, es uno solo, que se comparte de única manera.

Esto resulta más claro con un ejemplo: pongamos por caso una amistad verdadera entre tres amigos; el típico caso de los jóvenes inseparables. De pronto, el azar o la fatalidad acaban con la vida o la presencia de uno de ellos. Y los otros dos, sin ver disminuida su amistad mutua, han perdido más que un amigo, porque el modo de compartir una amistad, de *hacerse uno* en el ejercicio, es único.

⁴⁵Chesterton, G.K. El candor del Padre Brown.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

Intentaré explicarme con más claridad. De los tres amigos, uno siempre es el blanco preferido de las amables burlas que, en mayor o menor grado, se cruzan entre ellos, otro, el ingenioso, tiene las ocurrencias y los planes, y el tercero es un inquieto dinamismo siempre dispuesto a la acción. ¿Qué pasa cuando falta uno de ellos? el ingenioso no pierde sólo a su "víctima" predilecta: pierde también la oportunidad de compartir con un amigo las ocurrencias del otro.

Pero concluyamos. Creo que con lo antes expuesto queda presentada de manera clara, aunque quizá insuficiente, en qué consisten los diferentes tipos de amistad según Santo Tomás de Aquino. Solamente resta hacer una aclaración final.

5. NUEVAMENTE, ALGUNAS PALABRAS SOBRE LA CARIDAD

¿Puede hablarse de la amistad sin mencionar la caridad? Creo que las páginas anteriores han respondido a esta pregunta negativamente. Para Tomás de Aquino, está claro que hablar de la amistad no es solamente hablar de algo que es agradable y sin duda provechoso para los hombres. Es necesario decir más: algo tan excelente precisa de un sentido más perfecto. por cuanto la amistad también comporta una búsqueda de perfección.

Ya que la amistad humana perfecta nos ha demostrado que no es posible dar cabida al egoísmo, y habiéndonos capacitado para la entrega total, hace falta dar un último paso: así como la amistad es entre dos en busca de un bien único, es necesario dar el salto hacia el Bien Único, sublimar y superar más allá de toda medida la amistad, llevándola hasta su límite: "...el orden sobrenatural no niega el de la naturaleza, [sino que] lo afirma, lo sublima y lo eleva a plano superior"⁴⁶.

⁴⁶ Vázquez de Prada, Antonio. o.c., p. 67.

CONCLUSIONES

Perseguir un tema como la amistad en la enciclopédica producción de Tomás de Aquino no es una tarea que pueda darse por concluida en el breve espacio de este trabajo. Además, por razones obvias de limitación, hay muchas cosas aún en el tintero. Queda por analizar, por ejemplo, el minucioso comentario de nuestro autor a la *Ética Nicomaquea*.

Sin embargo, el terreno ha quedado —así lo espero— un poco más claro. Lo que Santo Tomás dice de la amistad en cuanto excelente es algo que solamente puede haber constatado él mismo. Y el testimonio que estos pocos fragmentos nos dejan es el de una vida personal, vivencialmente fructífera: no me es posible ya imaginar a Tomás de Aquino como un portentoso erudito, sentado largas horas ante un escritorio a la luz de las velas.

Esta investigación ha significado, al menos para mí, el descubrimiento de una nueva dimensión humana detrás de la personalidad a menudo árida del Tomás de Aquino que encontramos, por regla general, en los cursos universitarios.

La amistad, ya lo hemos visto, oculta dentro de sí múltiples beneficios solamente asequibles para los iniciados. Pero, y esto es lo más importante, se trata de una realidad *asequible*. Nada de lo dicho en las páginas anteriores, puede resultarle extraño a cualquiera que tenga el valor de leerlas, siempre que tenga la oportunidad de vivirlo. Y creo que ese es el objetivo más importante que este trabajo cumple: presentar una realidad que todos conocemos no con obscuridad, sino dando paso a la luz.

Y mi pretensión no era otra: el amor humano es algo que, una vez conocido, requiere de alimento, como la hoguera que exige leña para seguir encendida; y cuando acaba, por falta de combustible, hay que volver a encender la llama, hay que *aprender* de nuevo. La amistad, en cambio, surge y se conserva allí donde hay dos amigos, pero es como un incendio prodigioso que se comunica, que se extiende entre los hombres y pone de manifiesto lo mejor que hay en cada uno. Porque la amistad no ve con los ojos del amor: ve con los ojos del amigo, que son los míos propios.

La amistad puede ser un remedio para muchos males; y hasta donde sé, no es causa de ninguno. La amistad perfecta, entendida como Tomás de Aquino la plantea, también es una atalaya: no puede haber amistad honesta que busque algo distinto al bien de los amigos. Y tiene otro mérito de fábula: nos abre los ojos hacia el infinito y lo eterno.

Como decíamos al principio, la tarea de Tomás de Aquino, a la que afanosamente dedicó su considerable capacidad, fue acercar la verdad a los hombres. A través de la lectura de sus obras, y especialmente la *Suma Teológica*, el lector se siente claramente *conducido*; en ello se da una cuenta, poco a poco, de que la verdad, cuando se expresa con corrección y exactitud, resulta más sencilla de aceptar, más asimilable.

El tema de la amistad en Tomás de Aquino resulta ser por esto una persecución útil, disfrutable; quienes tenemos al alcance, a través de los siglos, las palabras de Tomás de Aquino, advertimos una riqueza verdadera en lo que nos dice.

Considero que, a la luz de cuanto hemos expuesto en las páginas anteriores, queda claro que el itinerario hacia la amistad tiene la condición de la virtud y la meta de la perfección. Resulta confortable saber que, en este caso, la amistad nos solamente parece ser una condición para la felicidad, sino una verdadera y confiable señal en el camino hacia el Supremo Bien; y por virtud del acercamiento manifiesto en la verdad revelada, Dios mismo se aproxima.

Y por esto declaramos al principio que el máximo significado, la mayor sabiduría, está en ese texto de las Escrituras: "Ya no os llamo siervos, sino amigos". Santo Tomás nos enseña que esto significa: el amigo es bien para el amigo fortaleza y consuelo, refugio y dirección. El amigo, para Santo Tomás, es insustituible no solamente por el bien que nos aporta, sino por la *compañía en el bien*.

BIBLIOGRAFÍA

1. Obras de Tomás de Aquino

Suma Teológica. Edición bilingüe. Editorial Católica. BAC, Madrid, v/f.

Comentario de la Ética a Nicómaco. Trad. de A. M. Mallea. CIAFIC. Madrid, 1983.

Suma Contra los Gentiles. Traducción y estudio introductorio de Carlos Ignacio González, S.J. Porrúa. México 1985, 2a. Ed. Colección "Sepan Cuántos..." No. 317.

2. Otros autores y obras

Aristóteles. **Ética Nicomaquea.** UNAM México 1983, 2a. Ed.; Versión de A. Gómez Robledo.

González, Carlos Ignacio. **Amistad y salvación. La redención como obra de la amistad de Cristo en Santo Tomás de Aquino.** Librería Parroquial de Clavería, México 1982.

Lain Entralgo, Pedro. **Sobre la amistad.** Espasa Calpe. México 1984. Colecc. Austral No. 1659.

Noble, H.D. **La amistad.** Desclée de Brouwer. Pamplona 1957.

Platón, **Diálogos.** UNAM, México 1921. Reimpresión SEP 1988.

Rievaulx, Aelredo de. **La amistad espiritual.** Traducción de Hermenegildo Zanuso; presentación, introducción y notas de Pedro M. Gasparotto. Librería Parroquial de Clavería, México, s/f.

Vázquez de Prada, Andrés. **Estudio sobre la amistad.** RIALP, Madrid 1975.

Wojtyła, Karol. **Amor y responsabilidad.** Ed. Razón y Fe. Madrid 1969.